

JOSE GUIMÓN

La complejidad surafricana

Thabo Mbeki atraviesa un momento difícil como presidente de Suráfrica. Ha recibido fuertes críticas por su gestión respecto a la epidemia del SIDA, su ambigüedad frente a la minoría blanca surafricana y su postura ante la explosión racial de Zimbabwe. Su apuesta por la ortodoxia económica cada vez es más cuestionada dado que no está produciendo los resultados deseados. La pobreza persiste, la redistribución de la riqueza ha sido escasa y tanto la crisis sanitaria como la criminalidad se han agravado desde su llegada al poder en 1999. Sin embargo, su Gobierno es uno de los más eficaces y menos corruptos de África. Destaca su trabajo como representante del continente africano que, como pudo verse en la última cumbre del G-8, está produciendo resultados significativos. Mbeki es un líder imprevisible y enigmático, tan respetado como temido. Igual de dual se presenta el futuro de Suráfrica, que se enfrenta a serias amenazas pero a la vez es la gran esperanza del continente.

La transición de Suráfrica hacia la democracia multirracial ha sido uno de los episodios políticos más interesantes de la última década. Con el fin del *apartheid* a principios de la década de 1990 y con la victoria del Congreso Nacional Africano (CNA) en las primeras elecciones democráticas en la historia del país celebradas en 1994, comenzó un período de metamorfosis social, política y económica que todavía perdura. Suráfrica ha logrado deshacer pacíficamente su régimen de segregación racial y su modelo económico autárquico para emerger como una sociedad democrática, multirracial y con un sistema de economía abierto. En respuesta a las injusticias del pasado se creó, en primera instancia, la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, que sirvió para atenuar la sed de revancha de los sectores más radicales. Esta comisión tuvo dos aspectos destacables: escuchó los testimonios de las víctimas y también de los responsables de las torturas y ejecuciones y, en segundo lugar, se ocupó de los abusos cometidos por todas las partes que luchaban a favor y en contra del *apartheid*.¹ Pero el principal protagonista de

José Guimón es doctorando en Economía y Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha colaborado en suplementos monográficos sobre países para *The Washington Post*, *Fortune* y *Frankfurter Rundschau*. Recientemente ha pasado tres meses en Suráfrica entrevistando a líderes políticos y empresariales

¹ Aryeh Neier, "The Quest for Justice", *The New York Review of Books*, 8 de marzo de

esta transición pacífica fue sin duda Nelson Mandela, primer presidente del CNA y Nóbel de la Paz por su visión política y espíritu conciliador.

Durante ese período, Mbeki ocupó el cargo de vicepresidente y se dice que lideró el país mientras Mandela, ya mayor y consumido por 27 años de prisión, viajaba alrededor del mundo. En una entrevista Mbeki declaró que en esos días “buena parte de las filas del CNA aclamaba: ‘¡Coged a esos bastardos [blancos *pro-apartheid*] y colgadlos!’. Pero nos dimos cuenta de que no podíamos prepararnos para una transición pacífica y al mismo tiempo decir que queremos atrapar y colgar a gente, así que pagamos un precio por la transición pacífica. De no haber sido así, no sé dónde estaría el país hoy”.²

Mbeki escribió buena parte de los discursos de Mandela y otros miembros del CNA. De niño, en su pueblo natal, ayudaba a las mujeres analfabetas a leer y contestar las cartas de sus maridos, que a menudo se encontraban cuasi-esclavizados en las minas de los blancos. Su padre, Govam Mbeki, destacado luchador contra el *apartheid* fallecido el pasado 30 de agosto, le inculcó pronto sus ideales políticos. En 1952, con sólo diez años, escapó unos días de casa para participar en la Campaña de Lucha contra las Leyes Injustas organizada por el CNA. Diez años después fue animado a abandonar su país para estudiar económicas en la Universidad de Sussex (Inglaterra) como parte de un programa del CNA para formar a los futuros líderes de una Suráfrica libre. En aquellos tiempos era un joven serio, elegante, comunista y dedicado por completo a la causa *anti-apartheid*.³

En total estuvo 27 años en el exilio, los mismos que Mandela en la cárcel. Pero la experiencia de Mbeki fue indudablemente más provechosa. Desde Londres y otras ciudades europeas lideró la campaña internacional de denuncia del *apartheid*. Participó en las revueltas de estudiantes de 1968 y estudió tácticas de guerrilla en Moscú. En 1971 regresó a África para ocupar diversos cargos políticos en el CNA, que entonces operaba en la clandestinidad desde otros países africanos. Sus viajes —primero por Europa y después por África— ayudan a explicar su posterior éxito en política internacional como presidente. Al volver a Suráfrica en 1990 dijo que sentía “tristeza por haber tardado tanto en aterrizar en el aeropuerto de Ciudad del Cabo sin miedo a ser arrestado, torturado y posiblemente asesinado en celdas policiales”.⁴

En junio de 1999 fue elegido presidente en las segundas elecciones democráticas del país. Tomaba el relevo de Nelson Mandela, uno de los iconos políticos del siglo XX. Aunque era imposible igualar la reputación de su predecesor, logró presentarse como un gestor eficaz, con experiencia internacional, intelectual y pragmático. Pero, inevitablemente, surgió cierta desconfianza en torno al nuevo presi-

2001; Alex Boraine, “A Country Unmasked”, *Oxford University Press*, 2000; Amnistía Internacional, Informe Annual 1999, Suráfrica.

² Thabo Mbeki, “Africa, The Time has Come – Selected speeches”, *Tafelberg Publishers Ltd.*, 1998.

³ Magnus Linklater, “Thabo Mbeki: The face of tomorrow’s dictator or still an idealist?”, *The Times*, 31 de mayo de 2001.

⁴ Thabo Mbeki, *op.cit.*

dente pues Suráfrica era una bomba de relojería que, milagrosamente, Mandela había logrado contener. ¿Sería capaz Mbeki de mantener la paz social? El reto más significativo que asumía Mbeki con la presidencia era tomar las riendas de un país en crisis y en revolución.

Una mezcla única de primer y tercer mundo

Suráfrica se encuentra en una situación muy delicada, con múltiples focos de conflicto que amenazan su porvenir. Por la ultrajante colonización y el sistema de segregación racial, la inmensa mayoría de los recursos se concentra en los blancos, que representan menos del 11% de la población. Es, en efecto, uno de los países con la distribución de la renta más desigual del mundo, sólo superado por Brasil y Guatemala. La tasa de desempleo es superior al 30% y más del 60% de la población vive bajo el umbral de la pobreza. Ocho de sus 43 millones de habitantes carece de agua potable y el 28% de los hogares no dispone de electricidad. El 12% de la población está infectada por el SIDA, y otras enfermedades como la tuberculosis o la malaria están rebrotando con fuerza. Sus tasas de criminalidad sólo son superadas por las de Colombia, y todo indica que siguen en aumento.

Es una mezcla única de primer y tercer mundo cuyo resultado, más que el segundo mundo, es la dualidad. Un país que reproduce dentro de sus fronteras la realidad global, los inaceptables desequilibrios entre los países ricos —representados por los blancos de Suráfrica— y los países pobres —en la figura de los negros—. De la misma forma que los países ricos cierran sus fronteras, los surafricanos blancos protegen sus casas y barrios con tropas de vigilantes privados y verjas electrificadas. Los 3.000 kilómetros de frontera con otros seis países en mayores apuros, como Zimbabue o Mozambique, también están generando conflicto. Muchos de los miles de inmigrantes que entran cada año en territorio surafricano son devorados por cocodrilos o tigres, pues lo intentan por franjas salvajes poco vigiladas. Los que lo logran sufren el rechazo, y a menudo las agresiones, de la población negra surafricana, que los ven como una amenaza a sus ya escasas probabilidades de encontrar trabajo y les acusan de haber traído el SIDA al país.

Pero no todo es tan alarmante en este país con abundantes recursos. Con una renta per capita de 3.170 dólares, Suráfrica no es pobre sino de ingresos medios.⁵ Es el Estado más rico del continente gracias a su situación geográfica y a sus recursos naturales, entre otros factores. La minería, uno de los pilares básicos de su economía, representó durante la década de 1990 cerca de un 7% del Producto Interior Bruto (PIB), un 8% del empleo y un 36% de las exportaciones. Empresas surafricanas como DeBeers o AngloAmerican dominan el mercado mundial de oro y diamantes. Su madera y sus vinos están ganando progresivamente cuota de mercado global y el turismo está experimentando un fuerte crecimiento a pesar del crimen. Cuenta además con “sólidas infraestructuras, una industria globalmente competitiva y un sistema financiero sano y robusto”.⁶ Poco a

La inmensa mayoría de los recursos se concentra en los blancos, que representan menos del 11% de la población

⁵ *Banco Mundial*, Informe sobre Suráfrica, www.worldbank.org

⁶ FMI, PIN No. 01/44, *Article IV Consultation with South Africa*, 19 de marzo de 2001.

poco va consolidándose como un país estable tanto en términos políticos como macroeconómicos y, por todo ello, muchos opinan que se ha convertido en la gran esperanza del continente africano.⁷

Ortodoxia económica y justicia social

En este contexto, el CNA diseñó en 1996 una estrategia bautizada como GEAR — siglas en inglés de crecimiento, empleo y redistribución— con dos pilares básicos de acción. Por una parte, una apuesta firme por la ortodoxia económica como fórmula para impulsar un crecimiento sostenido de la renta nacional y del empleo. Suráfrica ha sido un sumiso alumno de la doctrina del Fondo Monetario Internacional (FMI) a través de reformas estructurales, austeridad presupuestaria, liberalización de capitales, bienes y servicios y privatización de empresas públicas. Los cambios han tenido un fuerte impacto en la economía local tanto por su velocidad como porque hasta la década de 1990 era un país autárquico, encerrado en sí mismo como consecuencia de la sanción internacional al *apartheid*. El segundo gran eje del GEAR es la lucha contra la pobreza y la desigualdad racial. Para ello se ha recurrido a la mejora de servicios públicos —dirigidos durante el *apartheid* mayoritariamente hacia los blancos—, a políticas de discriminación positiva — como la imposición de cuotas raciales en las plantillas de las empresas de un cierto tamaño— y a políticas de transferencia de propiedad —de tierra, recursos minerales y acciones de sociedades—.

El problema es que no resulta fácil luchar al mismo tiempo en ambos frentes. La disciplina fiscal limita la capacidad de ampliar los servicios públicos. La discriminación positiva desalienta a los inversores, que desapruaban la excesiva intervención pública y la mayor rigidez del mercado laboral. El Gobierno se encuentra atrapado, pues por una parte debe compensar a los negros por las injusticias del pasado para garantizar la paz social, pero por otra tiene que crear un clima que favorezca la inversión. En palabras de Mbeki, el gran reto es “satisfacer las expectativas de los negros sin despertar miedo en los blancos”.⁸

Ante esta disyuntiva, parece que el presidente ha optado por poner las demandas del mercado por encima de las exigencias sociales. La pobreza se atenuará, dice, si la economía crece y el mundo cree en una Suráfrica estable.⁹ Es una estrategia difícil de vender a los que pasan hambre, pero ha sido aplaudido internacionalmente por ella. El semanario británico *The Economist* opina que, aunque sus resultados se estén demorando, “las políticas macroeconómicas conservadoras han sido correctas porque con ellas se ha sentado la base necesaria para una expansión”.¹⁰ El FMI valora también muy positivamente en su informe de marzo de 2001¹¹ las

⁷ *The Economist*, “A Survey of South Africa; Africa’s great black hope”, 24 de febrero de 2001.

⁸ *Financial Times*, “Survey-South Africa”, 6 de octubre de 2000.

⁹ *The Economist*, “Haunted by a hat”, 30 de junio de 2001.

¹⁰ *The Economist*, “A Survey on South Africa: Africa’s great black hope”, 24 de febrero de 2001.

“sólidas políticas financieras”, la “mejora sustancial en la competitividad externa” y el “continuo progreso en reformas estructurales”. Son muchos los que consideran que el gran logro de Mbeki ha sido consolidar en Suráfrica un entorno de estabilidad macroeconómica y una industria globalmente competitiva. Incluso Tony Leon, líder del partido blanco de la oposición y tal vez el mayor detractor del presidente, opina que “ha demostrado ser capaz de gestionar la economía del país”.¹²

El necesario impulso fiscal

Pese a las continuas mejoras en el terreno macroeconómico, el desempleo y la pobreza siguen siendo alarmantes y el SIDA amenaza con deshacer los avances económicos y sociales logrados hasta la fecha. Ante los escasos progresos, crece la presión de los ciudadanos, que empiezan a perder la esperanza en las prometidas ventajas de la ortodoxia económica y reclaman medidas más radicales. COSATU —el sindicato más importante y miembro de la coalición de Gobierno— ataca crecientemente la política económica de Mbeki objetando que “el conjunto de la sociedad —la clase obrera y los pobres en particular— padece el coste de la política económica conservadora”.¹³ Las huelgas se intensifican, como la que tuvo lugar el pasado 28 de agosto contra las privatizaciones que, según las cifras de COSATU, contó con la participación de 5,5 millones de trabajadores.

Hasta ahora, la cifra de parados no ha hecho mas que aumentar. Se calcula que desde 1996 se han perdido 500.000 empleos¹⁴ y en 12 meses, hasta marzo de 2001, según el Banco Central de Suráfrica, 162.000. El crecimiento económico ha sido positivo pero modesto, muy por debajo del 5% que distintos estudios consideran preciso para reducir el desempleo. La afluencia de inversión extranjera ha sido decepcionante y la libertad de circulación de capitales ha facilitado que muchas de las multinacionales surafricanas trasladen su sede a otros países. Los avances en el terreno redistributivo también han sido escasos. Muestra de ello es que sólo se ha transferido un 2% de la tierra a los negros, muy lejos del 30% prometido en 1994.¹⁵

Incluso el FMI, probablemente el mayor promotor mundial de la disciplina fiscal, considera que la situación impone un cambio de estrategia. En su último informe, argumenta que la mejora de la “credibilidad” del Gobierno en materia macroeconómica permite una “mayor flexibilidad fiscal a medio plazo” que debería ser aprovechada para “combatir los problemas sociales como el SIDA”.¹⁶ En defi-

¹¹ FMI, *op.cit.*

¹² Donald Pressly, “Mbeki marks two years in office”, *Business Day*, 18 de junio de 2001.

¹³ Ernest Harsch, “South Africa tackles Social Inequalities”, *Africa Recovery*, Naciones Unidas, Vol.14#4, enero de 2001.

¹⁴ Anthony Johnson, “Thabo’s troubles”, *BBC Focus on Africa*, julio-septiembre de 2001.

¹⁵ *The Economist*, “South Africa, space invaders”, 14 de julio de 2001.

¹⁶ FMI, *op.cit.*

nitiva, es hora de que Suráfrica se endeude y gaste más. Lo demanda la gravedad de la crisis social y lo permite la buena trayectoria del Gobierno y la moderada deuda pública, que representa actualmente menos del 30% del PIB.

Entre el “mandelismo” y el “mugabismo”

A pesar de los decepcionantes resultados, la opinión más extendida sigue siendo que la gestión de Mbeki hasta la fecha ha sido por lo menos satisfactoria. Los analistas coinciden en que su Gobierno es uno de los más eficaces y menos corruptos del continente. Sin embargo, sus controvertidas posturas ante el SIDA, el problema racial y la crisis de Zimbabue están provocando lo que Robert Schrine, profesor de política en la Universidad de Ciudad del Cabo, ha descrito como “la erosión de la imagen de efectividad de la presidencia de Mbeki”.¹⁷

Lo más alarmante ha sido, sin duda, su negligente postura en torno al SIDA. Cuesta entender por qué desafió la doctrina científica cuestionando la relación entre el virus y la enfermedad. Ha provocado un retraso en el suministro de medicamentos para evitar la transmisión madre-hijo y, por este motivo, la ONG surafricana *Treatment Action Campaign* ha entablado medidas judiciales contra el Ejecutivo de Mbeki.¹⁸ Otros argumentan que el mayor perjuicio de sus excéntricas ideas es que restan eficacia a las campañas preventivas.¹⁹ Además, sus declaraciones despiertan una gran desconfianza sobre su gestión en otros terrenos porque de un político que cuestiona la relación entre SIDA y VIH cuando su país cuenta con más personas infectadas que ningún otro —4,7 millones— se puede temer lo peor, lo cual desincentiva la tan necesitada afluencia de inversión extranjera.

A pesar de haber vacilado demasiado con su postura, recientemente está rectificando. Ya no cuestiona que el VIH cause la enfermedad y ha pasado a centrarse en recalcar la interrelación entre SIDA y pobreza. Por ejemplo, enfatiza que, ante la limitación de recursos, el beneficio social de acelerar la provisión de agua potable es mayor al de financiar antirretrovirales, que no son eficaces sin agua potable. El Gobierno no financia medicamentos para el SIDA pues considera que antes es necesario investigar más y preparar mejor el terreno.²⁰ Puede ser una estrategia cuestionable y controvertida políticamente, pero no descabellada. Naciones Unidas, por ejemplo, opina que su estrategia es razonable. En una de sus publicaciones sostiene que “a pesar de la controversia, tiene un programa extenso para combatir el SIDA y ha estado a la cabeza de las negociaciones inter-

¹⁷ Anthony Johnson, *op.cit.*

¹⁸ *El País*, “Demanda contra Suráfrica por no tratar con antirretrovirales a las gestantes con SIDA”, 22 de agosto de 2001. Para más información sobre TAC, consultar www.tac.org.za

¹⁹ *New York Times*, “South Africa’s President vows to renew war against poverty”, 8 de enero de 2001.

²⁰ Karen de Young, “UN Delegates Agree on AIDS Declaration”, *Washington Post*, 21 de junio de 2001.

nacionales para asegurar que los países en desarrollo puedan acceder a medicamentos anti-SIDA en términos más favorables”.²¹

En segundo lugar, se le acusa de estar re-racializando la sociedad surafricana. Frente al mensaje transmitido por Mandela de una Suráfrica multirracial pero unida —el país del arco iris—, Mbeki la describe repetidamente como dos naciones, una de blancos ricos y otra de negros pobres.²² Habla abiertamente del problema racial y critica con frecuencia la postura de los blancos hasta el punto, dicen, de estar reviviendo el sentimiento de odio en la población negra. Él se defiende de sus críticos explicando que el racismo no puede seguir siendo un tema tabú, pues si no jamás se resolvería. “Si queremos acabar con el racismo en nuestro país, no podemos ni debemos evitar discutir sobre el tema. Curar una enfermedad requiere en primera instancia diagnosticarla correctamente”,²³ explica el presidente con su habitual retórica. En la Conferencia Mundial contra el Racismo, celebrada del 31 de agosto al 8 de septiembre de 2001 en Durban (Suráfrica),²⁴ se mostró relativamente moderado. No solicitó una compensación económica individual como reclamaban algunas organizaciones de descendientes de africanos en EEUU, sino que se limitó a pedir que las antiguas colonias se disculparan por las injusticias del pasado.

El tercer gran foco de polémica ha sido su postura ante la crisis de Zimbabue. Muchos creen que está siendo demasiado indulgente con el presidente Mugabe, cuando éste promueve en su país la ocupación violenta de la tierra de los blancos y representa una seria amenaza para la democracia. En lugar de condenar sus acciones de forma contundente y de cortar toda relación, Mbeki ha optado por una diplomacia silenciosa para intentar solucionar la crisis, e incluso ha aumentado la ayuda económica a Zimbabue. Muchos han apoyado su estrategia, incluyendo EEUU. Pero cuando los inversores blancos ven las imágenes de ambos líderes profiriéndose muestras de amistad no pueden evitar sentir miedo de que los problemas de Zimbabue se reproduzcan en Suráfrica. Recientemente, sin embargo, ha reconocido que sus intentos de persuadir a Mugabe para que modere sus actos han fracasado y que es momento de intentar otra estrategia.²⁵

Todo esto ha intensificado la desconfianza en torno a Mbeki. Aparte de lo ya mencionado sus críticos añaden, entre otras cosas, que no ha sabido rodearse de buenos asesores, que es hostil a las críticas, que le cuesta delegar, que se vuelca demasiado en cuestiones de política regional descuidando la crisis nacional y que

*Para Mbeki
el racismo no
puede seguir
siendo un
tema tabú
si no jamás
se resolverá*

²¹ Ernest Harsch, “South Africa mounting AIDS toll”, *Africa Recovery*, Naciones Unidas, Vol. 14-#4, enero de 2001.

²² Thabo Mbeki, “South Africa: Two Nations”, discurso de apertura del debate sobre reconciliación y construcción nacional, Asamblea Nacional, 29 de mayo de 1998.

²³ Discurso final de consideración del presupuesto de la presidencia, Thabo Mbeki, 22 de junio de 2001.

²⁴ Ver en este mismo número de *Papeles de Cuestiones Internacionales*, el artículo de José L. Gómez del Prado, “La Conferencia de Durban, ¿hito o rito en la lucha contra el racismo?”, p. 121.

²⁵ Alison Maltz, “Soft approach to Zim has failed: Mbeki”, *Business Day*, 6 de agosto de 2001.

es un intelectual alejado de los problemas cotidianos del país.²⁶ También le tachan de paranoico por haber abierto una investigación contra miembros de su partido por un supuesto complot para derrocarlo.²⁷ Por si esto fuera poco, un reciente negocio de armas del Gobierno ha despertado dudas sobre su rectitud.²⁸ Como resultado de todo ello, cada vez son más los que se cuestionan si Mbeki es un nuevo Mandela o un Mugabe encubierto.

Más allá de las fronteras surafricanas

En el terreno internacional, sin embargo, ha sido mayoritariamente refrendado. Tony Leon comenta que “cuanto más lejos está Mbeki de Suráfrica, más parece crecer su confianza”.²⁹ Se ha convertido en uno de los líderes más influyentes del continente, promoviendo con impacto la necesidad de “un enfoque más integrador para afrontar el reto del desarrollo del continente africano” e impulsando una mayor integración regional. Recientemente ha plasmado su popular concepto del *African Renaissance* (Renacimiento Africano) en un plan concreto bautizado como *Millenium African Renaissance Program* (MAP).

El MAP está ganando adeptos dentro del continente³⁰ y gozando al mismo tiempo de una buena acogida entre los países ricos. Propone una mayor condonación de la deuda, medidas para mejorar el acceso de productos africanos al mercado europeo y ayuda para afrontar la crisis sanitaria y la brecha digital entre África y Occidente. Por otra parte, solicita de los líderes africanos la implantación de mecanismos para asegurar elecciones democráticas y buen gobierno, así como un compromiso firme para acabar con las guerras que oprimen al continente.

Mbeki presentó su propuesta, en enero de 2001, en el foro de Davos.³¹ En julio lo hizo ante el G-8, en Génova, donde este organismo se reunió por primera vez con líderes africanos. El portavoz de Mbeki dijo tras la reunión que la aceptación del documento por parte del G-8 “es un paso importante y el comienzo de una nueva era para el continente africano”.³² El G-8 también se mostró entusiasta declarando que “esta iniciativa sienta las bases para una nueva colaboración

²⁶ Ferial Haffajee, “Lead more, manage less”, *Financial Mail*, 9 de febrero, 2001; *The Economist*, “Thabo Mbeki: Micro-manager”, 15 de junio de 2000; Farouk Chothia, “Mbeki polishes his image”, *Business Day*, 12 de marzo de 2001.

²⁷ *The Economist*, “Mbeki loses the plot and South Africa finds it has a paranoid president”, 5 de mayo de 2001.

²⁸ *Financial Mail*, “The war on corruption and monopoly”, 3 de agosto de 2001.

²⁹ Donwald Pressly, “Mbeki marks two years in office”, *Business Day*, 18 de junio de 2001.

³⁰ Mbeki ha logrado el consenso de los presidentes de Nigeria, Argelia y Senegal, entre otros. Este último, Abdoulaye Wade, ha sido la última incorporación, aceptando integrar su plan alternativo, el Plan Omega, dentro del MAP.

³¹ Thabo Mbeki, “Briefing at the World Economic Forum Meeting – Millenium Africa Renaissance Program – Implementation Issues”, Davos, 28 de enero de 2001.

³² Simphiwe Xako, “African recovery plan gets G-8 stamp”, *Business Day*, 23 de julio de 2001.

intensa entre África y el mundo desarrollado”.³³ El primer ministro británico Tony Blair afirmó que “es algo muy ambicioso, como un Plan Marshall para África”.³⁴ Su optimismo es prematuro, pero lo cierto es que se está desarrollando un diálogo histórico. Parece que los países ricos por fin escuchan a los líderes africanos y estos, a su vez, tienen un mensaje serio que transmitir. Sin ninguna duda, el presidente Mbeki ha tenido un papel crucial en el logro de este buen clima.

Por otra parte, se está convirtiendo en un aliado de confianza de Europa y, sobre todo, de Washington. Ante las crisis en África, EEUU y Europa cuentan con Suráfrica como líder diplomático.³⁵ Muestra de ello es la aprobación por parte de Bush de la tan criticada diplomacia silenciosa de Mbeki con Zimbabue. También en el caso de Uganda, aunque algunos temían su simpatía por UNITA, el Gobierno de Bush se ha alineado con Mbeki en la preferencia por un diálogo entre Luanda y los rebeldes.³⁶ En la visita de Mbeki a Washington, en junio de 2001, quedó claro que se está produciendo un mayor acercamiento. “Nuestros Gobiernos se reunirán con regularidad para consultar asuntos bilaterales, regionales y multilaterales”,³⁷ decía el comunicado conjunto.

También destaca su influencia en organizaciones regionales como la Comunidad de Desarrollo Económico del África Austral (SADC) o la Organización de la Unidad Africana (OUA),³⁸ y su papel como presidente del Movimiento de Países No Alineados. Por último, hay que señalar su éxito en las negociaciones internacionales para asegurar que los países en desarrollo puedan acceder a medicamentos contra el SIDA en términos más favorables. Pero no faltan los que se muestran críticos con Mbeki también en este terreno. Según Jean-Paul Azam,³⁹ experto en conflictos del continente africano, las instituciones internacionales ven a Mbeki con creciente desconfianza, “como un peligro para la estabilidad del continente africano más que como una esperanza”.

“Un árbol cayendo hace más ruido que millones creciendo”

El porvenir de Suráfrica resulta tan imprevisible como su presidente. El frenético ritmo de cambio y las particularidades estructurales del país despiertan una enor-

³³ *France-Presse*, 23 de julio de 2001.

³⁴ *International Herald Tribune*, 23 de julio de 2001.

³⁵ Mariano Aguirre, “Fortalecer los ejércitos, debilitar las democracias”, *Le Monde Diplomatique*, marzo de 2001.

³⁶ *Business Day*, “Mbeki works to put SA on the MAP in Washington”, 29 de junio de 2001.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ En la cumbre de la OUA de julio de 2001 se aprobó una transformación de las instituciones y estatutos y se decidió rebautizar la organización como Unión Africana.

³⁹ Profesor de Desarrollo Económico en la Universidad de Toulouse y consultor para el Banco Mundial y la Unión Europea. Entrevistado por José Guimón, el 24 de junio de 2001, en San Sebastián.

me incertidumbre. Es un país polarizado, con desigualdades y desequilibrios, que sufre una grave crisis sanitaria y con diversos focos de conflicto. Pero también es una joven democracia rebosante de ilusión, rica en recursos y relativamente estable política y económicamente. Su futuro está condicionado por las oportunidades y las amenazas extremas. Sin embargo, cabe el optimismo si uno toma como precedente la historia reciente de Suráfrica que, en conjunto, puede considerarse un gran éxito por haber logrado consolidar tan difícil transición política.

Mandela, refiriéndose al problema de imagen del país, suele decir metafóricamente que “un árbol cayendo hace más ruido que millones creciendo”, ya que, sin duda, los progresos están teniendo menor repercusión internacional que los problemas. Tal vez esto sea también lo que le ocurre a Mbeki, porque, a pesar de las sonadas críticas, muchos opinan que su gestión está siendo excelente. Para enjuiciarlo es preciso tener en cuenta la dificultad de su trabajo y su carga de responsabilidades. Mbeki tiene que enfrentarse a un país en crisis, consolidar las instituciones y organizaciones de una democracia que nació hace sólo siete años, y a la vez liderar el desarrollo del continente más desastroso del mundo. Hasta ahora, su trabajo está siendo bueno, aunque haya cometido errores y haya aspectos criticables. En cualquier caso, es deseable que en adelante, tanto en Suráfrica como en el seno del Ejecutivo de Mbeki, caigan menos árboles y sigan creciendo el resto con la misma contundencia.

“SOY UN AFRICANO”

El 8 de mayo de 1996 Mbeki pronunció el discurso “Soy un Africano” con motivo de la aprobación de la nueva Constitución surafricana tras el derrocamiento del apartheid. El fragmento que se reproduce a continuación muestra a un Mbeki poeta, apasionado e idealista pero, al mismo tiempo, radical y resentido.

En una ocasión como esta, tal vez debamos empezar desde el principio. Así que permítanme comenzar. Soy un africano. Debo mi ser a las colinas y a los valles, las montañas y los claros del bosque, los desiertos, los árboles, las flores, los mares y las cambiantes estaciones que definen la faz de nuestra tierra nativa (...). Estoy formado de inmigrantes que dejaron Europa para encontrar un nuevo hogar en nuestra tierra. A pesar de sus acciones, siguen siendo parte de mí. Por mis venas corre la sangre de los esclavos malayos que vinieron del Este. Su orgullosa dignidad informa mi modo de ser, su cultura es parte de mi esencia. Sus cicatrices por los latigazos de sus amos son un recuerdo presente en mi conciencia de lo que no debe hacerse (...). Mi mente y mi conocimiento de mí mismo están formados por las victorias que son joyas en nuestra corona africana (...), las victorias que ganamos como etíopes, como ashanti de Ghana, como bereberes del desierto (...). Provengo de aquellos que fueron transportados desde India y China, cuya existencia residía solamente en su trabajo físico, que me enseñaron que se puede estar en casa y a la vez ser un extranjero, y me enseñaron que la propia existencia humana demanda que la libertad sea una condición necesaria para esa misma existencia humana.

Siendo parte de toda esa gente, y sabiendo que nadie puede ponerlo en duda, debo aclamar que soy un africano. He visto a nuestro país quebrarse mientras estos, todos ellos mi gente, se enfrentaron en una titánica batalla, los unos para rectificar el daño que había causado una parte a la otra, y los otros para defender lo indefendible. He visto lo que ocurre cuando una persona tiene superioridad de fuerza sobre otra, cuando el más fuerte se apropia de la prerrogativa de, incluso, anular la premisa de que Dios creó a todos los hombres y mujeres a su imagen. Sé lo que significa cuando la raza y el color son usados para determinar quién es humano y quién sub-humano. He visto la destrucción de todo sentimiento de autoestima (...). Tengo experiencia en la situación en que la raza y el color son usados para enriquecer a algunos y empobrecer al resto. He visto la corrupción de mentes y almas como resultado de perseguir un innoble esfuerzo por perpetrar un verdadero crimen contra la humanidad (...). Sé todo esto porque soy un africano. He nacido de una gente que no tolerará la opresión. Soy de una nación que no permitirá que el miedo a la muerte, tortura, emprisionamiento, exilio o persecución resulte en la perpetuación de la injusticia (...).

Soy un africano. He nacido de las gentes del continente de África. El dolor del conflicto violento que viven las personas de Liberia, Somalia, Sudán, Burundi y Argelia es un dolor que yo también padezco. La miserable vergüenza de la pobreza, sufrimiento y degradación humana de mi continente es una herida abierta que compartimos (...). Fieran cuales fueran los inconvenientes del momento, ¡nada puede pararnos ahora! Sean cuáles sean las dificultades, ¡África debe estar en paz! Aunque pueda sonar improbable a los escépticos, ¡África prosperará! Quien quiera que sea-

mos, cualquiera que sea nuestro interés inmediato, aunque grande sea el equipaje que arrastremos del pasado, aunque nos hallemos atrapados en la moda del cinismo y pérdida de confianza en la capacidad de la gente, digamos hoy: ¡Nada puede pararnos ya!

Traducción: José Guimón